

- Esperanza -

El ronco aullido de las focas marinas, le dio la bienvenida. Hace treinta y cinco años desde que Ariel tomó el vuelo sencillo hacia Teotlo, partiendo del aeropuerto a orillas de ciudad Esperanza.

- Aunque mis palabras tarden meses en llegar, ten por seguro que te escribo todos los días. Te amo - Le dijo a su hermana Patricia antes de abandonar la habitación de pacientes y partir a la sala de abordaje.

Su regreso no fue por el fin de las cuotas del hospital psiquiátrico, hacía cinco años que habían terminado. Fue su condición; la misma que lo dejó con dificultades para escribir.

Pasada la mañana en la que volvió a pisar su antigua tierra, Ariel le pidió de favor a Patricia que lo llevara a Playa Santa, apenas saludándola. Patricia cedió sin cuestionar nada, sin siquiera preguntarle sobre los años pasados, pues todo lo sabía.

Camino al mar, las aves playeras parecían ponerlo al tanto de la ciudad, el viento les llevaba la frescura de su brisa a ambos, y el barullo del turismo los ensordecía.

- Ahí Patricia, siéntate conmigo ahí - dijo Ariel en tono suave y aireado, señalando la vieja banca que desde que era niño no habían cambiado.

La tarde caía sobre el mar de Esperanza: primero amarilla, luego anaranjada, al final gris. Los últimos tonos le indicaban a Ariel el final de su condición.

- Cuando llegue la noche dejaré de ver los colores, pero no de sentirlos. Creo que sentirlos siempre fue lo más importante -
- Más que sentirlos, siempre los viviste. Ahora descansa hermano, ya estás en tu casa - dijo Patricia apoyando sus manos sobre las de Ariel, ayudándolo a sentir, una última vez.